



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXXIX

Zaragoza, 1 de Octubre de 1937

Núm. 910

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

—ooo—

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de «EL ECO DE LA CRUZ», Conde de Aranda, 1, Almacenes del Portillo.

SALUDO A FRANCO: ¡ARRIBA ESPAÑA!

¡Cuántos libros, folletos, revistas, esparciendo la semilla de la Buena Nueva!

¡Cuántos nuevos medios de apostolado!

Bien, muy bien la extensión de la Fe. Cuanto más, mejor.

Se habla mucho de la Caridad.

Es el alma de la vida cristiana. Sin la caridad, no hay salvación. Aunque uno tenga Fe, si no tiene caridad no se salva.

El apóstol Santiago nos lo enseña claramente: “Los demonios creen y están en el infierno”.

San Pablo nos dice:... “aunque penetrase todos los misterios y poseyese todas las ciencias y tuviese toda la fe,... si no tengo caridad no soy nada”.

“La caridad de Dios, nos dice San Pedro, ha sido infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”.

Jesucristo habla continuamente de la caridad y resume toda la Nueva Ley en el amor de Dios y del prójimo.

La Caridad es la principal de todas las virtudes.

Hablemos mucho, sin cesar, de la Caridad; mejor aún, practiquemos continuamente la Caridad.

Hablemos incesantemente de la Fe; mejor aún, vivamos la vida de la Fe.

De la que se habla poco es de la Esperanza.

Y es virtud teologal.

Son la Fe, la Esperanza y la Ca-

ridad las tres virtudes que se refieren directamente a Dios.

Las tres son necesarias; las tres indispensables; las tres se compenetran.

La Fe es la luz que alumbra el alma, es esplendor y belleza sobrenatural.

La Caridad es fuego, movimiento, vida, amor, felicidad espiritual.

La Esperanza es anhelos celestiales, es alegría de los cielos, felicidad anticipada de la gloria.

Como el navegante mira hacia el puerto, el cristiano camina con los ojos puestos en el cielo.

A pesar de la Fe, la vida cristiana es algo positivista, como una perfección de la Filosofía en el progreso de la humanidad.

A pesar de la Caridad, es fácil observar algo inconscientemente una excesiva preocupación terrena; como si el mundo se hubiera detenido y nuestra finalidad fuera pasarlo lo mejor posible aunque observando formas de buena crianza.

La Esperanza nos hace mirar más allá de esta vida; nos hace pensar en la vida futura, en el cielo.

Ella es la que embellece con su luz divina las tristezas de este valle de lágrimas; ella levanta el ánimo caído por la desilusión y los fracasos; ella da fortaleza en la prueba, ella evidencia la pequeñez de nuestras preocupaciones y nos desnuda de las miserias terrenas. La Esperanza es la alegría de la vida, la serenidad, la

CARA AL CIELO

Se habla mucho de la Fe; nunca se hablará bastante. Es la raíz de la justificación.

La Fe nos introduce en el conocimiento de las verdades salvadoras.

“Es la antorcha que alumbra nuestros pasos”; como enseña David.

Por eso se esfuerza la Iglesia en llevar la Fe a los confines del mundo, a todos los infieles de todas las razas.

Por eso intensifica la difusión del Evangelio en el seno de los pueblos cristianos, ordenando la predicación catequística a los adultos y la enseñanza a los niños.

paz, la seguridad de la ruta, la felicidad anticipada.

Cuando los hombres no han mirado a los cielos y no esperan en otra vida, se esfuerzan en conquistar aquí la felicidad y se desencadenan las luchas espantosas en que se extermina todo obstáculo.

Cuando el hombre mira al Cielo, su rostro adquiere suavidad plácida, su anhelo es la felicidad eterna, su vida es tranquila, sin ambiciones, ni luchas, impregnándolo todo de encanto ultraterreno.

TOMÁS

Es fragua, es hogar y es templo

Con lazos de sangre y oro,
entre lágrimas y besos,
ante el Pilar se han fundido
los amores más excelsos,
como fundiéronse antaño
siempre en demanda de alientos
junto a la Madre querida
los aragoneses pechos.

Religión y Patria es hoy,
como ayer, el sólo objeto
de encendidas oraciones,
de fervorosos anhelos,
de lágrimas y suspiros,
de entusiastas clamoreos...

Son las plegarias canciones
y son las canciones rezos,
y la Cruz y la Bandera
juntas tremolan al viento,
juntas esplenden al sol
hispánicos reverberos
y presiden los latidos
de corazones sin cuento
firmes, como el del tío Jorge,
como el de Agustina, enteros.

Hoy, como ayer, el Pilar
es fragua, es hogar y es templo
donde van las muchedumbres
en incansable cortejo
a derramar sus sentires,
en demanda de consuelos

y a buscar para el combate
bríos y temple de acero.

Las luces de la Capilla,
el continuo bisbiseo
de oraciones que se mezclan
en hermoso desconcierto,
el llorar de muchos ojos,
el chasquido de los besos
que desgastan la Columna
y aun los mismos agujeros
que abrió traidora metralla
como ventanas al cielo
pregoneras del milagro
y confusión del incrédulo...
son el vibrante poema
de estremecidos acentos
que llegan al Camarín
y suben con el incienso
hasta la Reina y la Madre
para retornar al pueblo
henchido de bendiciones
y de augurios lisonjeros.

Hoy, como ayer, el Pilar
es fragua, es hogar y es templo
y con lazos de oro y sangre,
entre lágrimas y besos
se han unido a su conjuro
los amores más excelsos.

EL DUENDE AZUL

hacer to lo que podamos; y hay personas qu'han nacido pa burros, bastante treabajo tienen si Dios no les ha dau más conocimiento; y otros más ilustraus, para que se valgan de su saber pa ayudar a los demás, que son unos desgraciaus.

—Bueno, y qué.

—Pues que hi pensau, que ya que Dios m'ha dau el conocimiento que tengo, que otros mejor vistidos no puen decir lo mesmo, que bien lo sabe usté, aunque m'esté mal dicilo, que ya sé lo que corresponde.

—Pero ¿a qué vienen todas esas tonterías?

—Ya me lo pensaba yo; ahura se güelue usté atrás, y el otro día se quedó usté parau de ver mi saber, más que muchos que llevan fama e sabios. ¿Es verdá u mentira? ¡A ver! ¡Diga usté!

—Sí hombre sí, es verdad y no me arrepiento de lo dicho. Pero no te envanezcas, ni te hagas ilusiones. Tu tienes el buen sentido de los cristianos, que por la fe y por su educación ven claras y seguras las verdades fundamentales. En cambio hay muchos que con apariencias y pretensiones de sabios sólo saben hablar y embarrullar todo e ignoran lo más elemental y necesario para la vida humana. Así ocurre con las modas, que es a lo que te refieres de el otro día. Tu ves claro que son cosas indecentes y prohibidas por Dios y por la Iglesia; y muchas personas no alcanzan a comprenderlo.

—Pues eso icía yo, que tengo más conocimiento que muchos que llevan sombrero y livita y no hacen caso de los probes.

—Bueno, al grano; qué querías con todo eso.

—Pues que ahura ha pensau el general Franco en quitar to los libros malos de las bibliotecas ande van los estudiantes a estudiar pa medicos y pa abogaus y pa todo. Qu'ice qui había muchos libros malos de los rojos y de revolución y de cosas indecentes, que paice mentira esas cosas pa los señores. Y ahura quién quitar to lo malo y dejar sólo lo güeno, como debe ser, y mu bien, porque eso ha traído la mayor perdición, que no hay pior que los libros malos que se meten en la cabeza y güelven mala a la gente.

—Es verdad, los libros malos y los periódicos malos son una lepra, una peste que todo lo corrompen. Es una disposición admirable esa orden del Generalísimo creando esas comisiones depuradoras. Ahora, que pongan personas competentes en esas juntas y lo hagan bien y pronto. Hace falta la lucha en las trincheras, pero es necesaria la labor de censura implacable.

—Pues por eso mesmo qui hacen falta hombres de conocimiento yo valdría mucho pa eso, qui a mí no me se pasaría un libro rojo, que tengo mu güena vista y Santa Lucía



TRIBUNAL BARATO

—Señor!

—¿Qué te ocurre, Macario?

—Pues una ideica que me paice que le paicerá a usté mu bien.

—Tu dirás.

—Que siempre estoy discurrendo y dándole güeltas a la cabeza pa hacer algo po la Patria, que toos himos di

me la conserve. Y amás tengo unos puños, que aún m'hicía mi hermanico cuando riñíamos de chicos ¡qué animal qu'eres! En un brazau cogería un montón de libros rojos u verdes, como fueran, pa quemalos. Amás, si hay tanto libro, que no sé cómo no se le cansa la vista...

—Tú no entiendes nada, no vales para eso. Es preciso conocer bien los libros. Los que son buenos son un tesoro y hay que guardarlos; los que son malos, son un veneno y hay que quemarlos. Se necesitan para eso personas muy instruidas y así las pondrán.

—Habían di hacer como en Alemania que quemaron to los libros malos de los judíos y masones y marxistas.

—¡Chico! ¿quién te ha dicho eso?

—El Luisito, el chico de D. Pepe, que estudia pa abogau y lee mucho. Y me dijo qu'iban los juvenes con camiones a to las tiendas ande vendían libros y cargaban con to lo malo y luego hacían una huguera en la plaza. ¡Yo que si que gozaría con eso! No había e dejar ni uno.

—Ya te he dicho que hay que acabar con los libros malos, pero no con los buenos y por eso es preciso hacer esa limpieza con prudencia aunque sin contemplaciones de ningún género, que no se salve nada malo, ni con pretexto de arte, ni de otro motivo cualquiera. Si hay alguna obra que tenga algún valor histórico, documental, etc., que quede con la mayor cautela, sólo al alcance de personas capacitadas y autorizadas a quienes no pueda dañar. Pero son muchas obras las que no sirven más que para el mal y sobre todo, dejadas en manos de cualquiera. Ciertó, de las naciones amigas, inmunizadas contra el bolchevismo, nos viene el ejemplo. Yo creo que esa meritísima disposición no es más que el principio de una cruzada de saneamiento moral que emprende la Nueva España. Mucho mal, muchísimo mal hacen esos libros de bibliotecas, pero hacen infinitamente más mal los libros, folletos, novelas, libelos... de las librerías y kioscos. Son muy pocos, sobre todo del pueblo, los que van a las bibliotecas; muchos, muchísimos los que compran libros. ¡Y qué libros! No hablemos sólo de las novelas, que además de ser de una literatura estafalata y desequilibrada, escrita por analfabetos y pedantes, es despreciadora de la Religión y de la Patria. ¡Cuántos libros con pretensiones científicas que son una infamia! En la Historia, en la Moral, en la Política, en la Ciencia, sobre todo en Medicina y Ciencias Sociales y Económicas. ¡Qué veneno, qué torpeza, qué vergüenza! Es preciso acabar con todo eso. Se ha ido a rajatabla con la prensa diaria. ¡Muy bien! Aun debía ser más rigurosa esa censura; todavía hay filtraciones dañosas. Con-

tinúa la labor con las bibliotecas. Esperamos que siga con las librerías, las editoriales y el cine. El cine, que entra por los ojos y penetra el alma como ningún otro medio de difusión.

—Pues ya lo sabusté. Cuando haiga qu'ir a las librerías que m'avisen que yo iré pa cargar los camiones.

—Corriente.

Tilín, tilín...

—¡Abre, Macario!

—¿Se pué pasar?

—¡Adelante!

—¡Güenos días tenga usté, señor Mago! No sé si sialcordará de nosotras. Semos las di Alamar del Río, que vinimos el otro día y me fuí muy aconsolada con las palabricas tan güenas qui usté me dijo; y nos dijo que golviéramos otro día.

—Sí; ya me acuerdo. Me alegro mucho de veros otra vez por aquí.

—Estamos refugiaus aquí, que tuvimos que veninos escapaus y lo himos perdido to lo que teníamos. Y ahora nos dan aquí de comer, qu'es mucha caridá, tanta gente como semos y nos dan mu bien de comer, Dios se les pague, que no comíamos tan bien en el pueblo. Pero mire, me rueda la cabeza de ver tanta gente. Como mi pueblo, no me paice nada. Yo en la ilesia me meto y a ver a la Virgen del Pilar, qu'es tan hermosa, que no me canso d'estar en el Pilar.

—Tienes razón; a cada uno, su pueblo. Pero ahora no puede ser. Pronto, pronto será, si Dios quiere. Va la cosa muy bien.

—Claro está, no hay más que conformanos, y muchas gracias a la Santisma Virgen que nos ha librau de esos demonios de los rojos. Aquí estamos mu bien.

—Pero entre tanto habeis de pensar en la vuelta al pueblo.

—No me se quita gota del pensamiento.

—Habeis de pensar en que cuando vayais al pueblo no encontrareis nada, nada. La iglesia quemada, sin una imagen, ni un ornamento sagrado; vuestras casas vacías o deshechas, sin alimentos, sin ropas, sin nada. Todo robado o quemado. Los vecinos que no pudieron huir como vosotros, unos, asesinados, otros se los han llevado los rojos a la fuerza a la guerra. Los que queden en el pueblo estarán extenuados, hambrientos, como quien sale del infierno, aturdidos de la agonía y martirio continuo que han padecido. En vuestro pueblo y en todos los de la zona roja se necesita de todo, absolutamente de todo, para llevarles a esos pobrecicos cuando puedan entrar nuestros soldados. El primer encuentro será de grandísima alegría para vosotros y para ellos; lloraréis todos de gozo de que se habrá acabado para siempre aquel infierno; lloraréis también de ver tanta desgracia tan tre-

menda y sin remedio. Pero por encima de todo está la caridad cristiana y gozaréis de poder llevarles un socorro y un consuelo. Preparad alimentos, ropas, cuanto podáis; hablad con las personas pudientes de vuestro pueblo. Y sobre todo acordaos de Nuestro Señor Jesucristo, que lo han maltratado más que a nadie y le han despachado de su casa y se la han quemado. Es necesario que penseis en proveer vuestra iglesia de lo más preciso. Cosed ahora ropas para vuestras iglesias, pensando en que vestís a Jesucristo ¡qué dicha tan grande! El os dirá el día del juicio: "venid, benditos de mi Padre; estuve desnudo y me vestisteis".

—Si señor; si que lo himos di hacer, que es la mayor alegría hacer algo pa Nuestro Señor, que too se lo debemos. Semos ahura mu probecicas, que too nos lo han robau en el pueblo; pero hay aquí otros del pueblo qu'están ricos y son mu güenos y nosotras trebajaremos a coser lo que podamos. Miuste, la Gacintica (1), que es una criatura que paice un ángel, ha dau to lo que tenía di oro pa la Patria, más de mil duros que tenían mucho de sus agüelos; y ahora ha dau pa las ilesias to la ropa que tenía de su madre sin estrenar toda de hilo mu rico, pa manteles y corporales y lo qui haga falta.

—¡Cuánto me alegro de lo que me dices! Eso es pensar cristianamente. Así habían de hacer todas. Lo primero, Dios. ¡Qué alegría poder dar algo a Dios! Dad para las iglesias, cosed para Jesús, pobre y desnudo!

EL MAGO

(1) Este hecho es real, excepto el nombre.

Ecos del Sagrario

¡Pobres pueblos! ¡Pobres desgraciados que en su locura van contra Vos, su único bien!

Aun en esos pueblos sé que hay almas fieles que os aman con todo su corazón, más, mucho más que antes, en el secreto de sus casas y de su conciencia.

Pero aquí quiero gozar de esta felicidad de estar a vuestros pies, de recibiros todos los días. Dejadme saborear esta dicha que no he sabido apreciar hasta ahora.

¡Qué bien se está en esta soledad tan tranquila y segura!

Sin peligros, sin ruidos del mundo, ni del corazón...

¡Qué sosiego, qué serenidad! Comprendo mejor ahora aquella exclamación de San Pedro en el Tabor: "¡Señor, es bueno que estemos aquí!"

¡Déjame, Señor, vivir a tu lado!

J. ADELAC

Una mirada a la Tierra

En las entrañas de la Tierra

En la *mirada* anterior hemos contemplado la bondad providente de Dios que ha dejado al hombre almacenadas esas cantidades fabulosas de carbón de piedra que le proporciona con tanta abundancia y baratura el fuego de hornos y fraguas con los que obtiene tanta riqueza y comodidades.

Penetremos ahora en una mina de carbón, en Asturias, en Peñarroya, en Inglaterra, en Wesfalia.

Al pie de una montaña entramos por una excavación como un túnel y llegamos al pozo minero; por él nos hundimos cien, doscientos metros, a veces mil y más, atravesando las negras entrañas de la Tierra. Estamos sepultados en un abismo de carbón; por todas partes el brillo negro de la hulla. Una, dos, tres... un sin número de galerías caladas en la pared formando pisos superpuestos y en todos sentidos. Detengámonos en un piso cualquiera. Estamos en un túnel abierto en la masa negra y que se pierde en el fondo oscuro. Aquello es una maravilla de carbón; el suelo, las paredes, el techo, todo carbón. Parece una gigantesca cristalización que va adelgazando sus ejes y aristas; es una colmena inmensa en que trabajan en turnos continuos miles de obreros.

Por el suelo están tendidos railes y corren sobre ellos en trajín incesante vagonetas, trenes cargados del precioso mineral arrancado a pico por el rudo trabajo del minero. Hay alumbrado, cantinas, bares, equipos sanitarios; obreros, capataces, ingenieros, médicos, practicantes, mecánicos, carpinteros, herreros, con una organización casi militar. La mina es una ciudad subterránea; allí se trabaja, se come y se descansa; allí se vive. Los nuevos medios de transporte rápido han facilitado la salida de la mina y la vida en el poblado próximo.

Y allí están trabajando toda su vida, lo mismo que sus padres. A la boca de la mina aguardan trenes mineros que arrebatan sin cesar la preciada mercancía y la llevan a las grandes redes ferroviarias y a los puertos para distribuirla a todas partes; para la navegación de todos los barcos mercantes, para los grandes trasatlánticos y los potentísimos barcos de guerra y humildes pesqueros; para todos los trenes, fundiciones, hornos y fábricas.

Sólo en España se ha estimado en más de seis millones de toneladas el carbón extraído anualmente.

El arrancado en todo el mundo pasa cada año de ¡30.000 millones de toneladas!

Las existencias calculadas en todas las minas conocidas del mundo, pasan de ¡siete trillones de toneladas!

¡Con qué abundancia ha procurado Dios asegurar el abastecimiento de esa fuente de energía!

Pero además sorprende la variedad de carbones tan adaptada a múltiples necesidades.

Carbón es el *diamante* limpio como un cristal y que ha sido la más codiciada de las piedras preciosas. La industria lo utiliza para rayar y labrar los cuerpos más duros.

El *grafito*, duro y brillante, que sirve para fabricar los lápices y para la electrolisis y metalurgia.

La *antracita*, la *hulla*, el *lignito* y la *turba* son las variedades de carbón combustible. Unos son de gran poder calorífico, sin llama, ni humos; otros de llama larga a propósito para la calefacción rápida de calderas; otros de escaso poder térmico, dan gran rendimiento en la industria por su baratura y nos descubren las etapas de su misteriosa formación geológica. Pero además el carbón mineral está impregnado de líquidos y gases de gran poder calorífico y de un valor extraordinario para la industria.

Del carbón se obtiene el *gas de alumbrado*. Las grandes fábricas de gas se han extendido como una necesidad moderna por todas las ciudades y han suministrado un nuevo alumbrado y una calefacción moderna de gran comodidad y limpieza. Este gas ha hecho posible el primer motor de explosión que ha revolucionado la industria.

Todos los barcos han necesitado hacer impermeable las juntas de su construcción y las lonas y emplean la brea, que también proporciona la hulla.

Mirad los colores preciosos de todos los tejidos; vestidos, banderas, tapices... Es verdad que el tintorero sabía dar esos matices hermosos con diversas plantas; pero ahora se emplean cada vez más los colores procedentes de los derivados de la hulla en una variedad y riqueza de tonos que asombra y con una facilidad sorprendente de empleo.

¡Cuánta riqueza, cuánta variedad!

Y esto es el *destierro*.

¿Qué será la *Patria*?

JUAN DE LA CRUZ

ADVERTENCIA
IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.

Doña Angeles Garcés, Báguena; Sor Pilar Romeo, San Sebastián; don Julio Bolea, Montañana.

OBRAS DE ACTUALIDAD

La Bruja Blanca.—Preciosa novela, obra cumbre del M. I. Sr. D. Juan Buj, Fundador de EL ECO DE LA CRUZ. Es obra apologética que ilumina con claridades celestiales y encanta con el atractivo espiritual de la protagonista, modelo de *acción católica*. Dos tomos en un volumen, 2'50 ptas.

La Eucaristía y la Comunión diaria, por el M. I. Sr. D. Juan Buj.—Obra de permanente actualidad. Su autor fué el verdadero Apóstol de la Comunión diaria en nuestra región y aún fuera de ella, anticipándose con clarividencia sorprendente a Pío X. Ideas luminosas, lenguaje cálido, piedad honda del alma que siente la dicha de ver y amar a Jesús en la Eucaristía.—Precio, 2 pesetas.